



La cordillera que nos separa 1009

Hace miles y miles de años, en los comienzos de la humanidad, había una tribu que había sufrido tantos y tantos desastres naturales en las últimas generaciones, que su jefe decidió abandonar una tierra ahora tan maldita. Nunca habían tenido en toda su historia ni rencillas ni guerras y la tierra siempre había sido su amiga y les había dado todo lo necesario, pero ahora la naturaleza había decidido volverles la espalda.

El problema principal para tomar tal decisión era que no sabían a donde ir, durante siglos habían vivido en su jardín de placer que tantas satisfacciones les había proporcionado y nunca habían sabido de otros hombres ni visitado otras tierras.

Una leyenda cuenta que descendían directamente de los primeros pobladores de la tierra por lo cual probablemente no debía haber nadie más. Nunca nadie les había dicho a donde ir, que hacer o que se esperaba de ellos.

Y a su alrededor no había nada, nada, nada.

Solamente desde el montículo más alto de su tierra se veía muy a lo lejos como un punto, como una pequeña colina, pero los límites de su tierra eran nada, desierto, arena y nada.

Durante generaciones nadie había intentado alejarse de su tierra, no lo habían necesitado, se cuenta que hacía mucho tiempo, algún grupo lo había intentado para saber que había y si existía alguien más, pero tuvieron que desistir por falta de agua y comida, y hasta se dice que un par de muchachos se fueron y nunca volvieron.

Pero ahora no era cosa de aventura o curiosidad, era una necesidad.

Después de muchas discusiones y proyectos fueron preparándose para la gran aventura, fueron almacenando agua y provisiones en varios sitios en dirección al punto, lo más separados que podían, el propósito era crear sitios de aprovisionamiento en el camino, y el día en que informaron que habían guardado suficiente agua y comida para que después de ese

punto se pudiese llegar, si bien con dificultad a la lejana colina, en ese momento se estuvo listo.

Ese último punto, el lugar en donde estarían guardadas las más lejanas provisiones, sería el de no retorno, desde allí abandonarían todo lo innecesario, tomarían las últimas provisiones guardadas e intentarían el último tramo hasta la distante meta.

Tardaron mucho tiempo en preparar ese camino de agua y alimentos.

Cuando se dio la partida, tomaron las mínimas pertenencias, se preparó la última carne ahumada y se emprendió el camino.

Como animales vivos sólo tomaron sus insectos cantores, alegría de su vida, llevar otros, representaba su muerte y seguramente la de todos los humanos.

Tardaron muchas semanas...más de las previstas. Los que prepararon el camino no contaron con las débiles fuerzas de niños, ancianos y enfermos. Se perdieron varias vidas, las de los más débiles pero eso ayudó a que los alimentos durasen un poco más. El punto lejano se convirtió, en una piedra, en una roca, en un montículo, en una realidad.

El jefe muy viejo y con menguadas facultades, con ilusión comenzó a avistar lo que en principio parecía una colina, pero era mucho más, era como la inmensa cola de un lagarto que se iba alargando, ampliando y ascendiendo en altura, sin que ninguno de los tres límites tuviese un final, parecía una inmensa cordillera.

Algunos jóvenes se adelantaron y murieron en el intento, semanas después otro grupo lo intentó llevándose lo poco que quedaba de las provisiones, y lograron llegar y traer algo de frutas y sobre todo, agua.

Con este refuerzo, el grupo llegó por fin... al comienzo.

Desde la cola se adivinaba un futuro paraíso, de hecho dos paraísos bien distintos, la ladera izquierda de la cordillera era soleada, algo árida, plana y fácil de viajar, la derecha era sombría, húmeda, fértil, montañosa, misteriosa. Ambas eran suficientes, mucho mejor que la que tuvieron... ah pero se deseaba la mejor.

La tribu se dividió amigablemente en dos grupos de gustos y discusión, ¿por qué lado continuar?

La hija y el hijo del jefe, acaudillaron cada una de las dos opciones diferentes.

En general los niños y viejos que habían sufrido más en el viaje, a la izquierda, y los jóvenes con deseos de explorar, a la derecha.

El viejo insistía en que el fin no se veía y que lo mejor era permanecer juntos y tomar una de las dos opciones... pero siempre juntos.

Se hicieron exploraciones en ambos lados, se volvía al inicio y se discutía, cada viaje mostraba que cada ladera tenía sus cosas buenas y malas, pero existía una diferencia profunda entre ambas que hacía que la decisión no fuese fácil. Cuanto más se adelantaba más atractivos se encontraban... praderas maravillosas, ríos caudalosos, cuevas inmensas adornadas con saltos de agua.

Cada uno de estos viajes de prueba los excitaba más pero también los alejaba más y más y el volver era cada vez más pesado.

Era el momento de tomar la gran decisión.

Y la decisión llegó muy fácilmente, cuando el viejo, ya muy viejo, y su vínculo de unión, murió. Sus dos hijos con sus respectivas familias y rodeados por los más afines a su elección, decidieron partir cada uno por un lado... pero prometiendo que si había algún problema se retrocedería, se alcanzaría al otro, y continuarían juntos.

Si no había problemas, recorrerían toda la cordillera y al final se juntarían, se comentaría todo lo visto y se tomaría la decisión final de donde vivir.

Tomaron el escudo de mando del viejo, lo partieron en dos, cada uno se llevó una parte y prometieron muy pronto el volverlo a unir.

La empresa no iba a ser tan fácil, la montaña se fue haciendo más alta, más ancha, más lejana y más infranqueable, y los meses y los años fueron pasando.

Ambos grupos fueron encontrando sitios maravillosos, y algunos no tanto, pero cada año al iniciarse el buen tiempo y con la excusa de encontrar mejores tierras para plantar, el deseo de continuar, de llegar, de alcanzar el fin, era irrefrenable y continuaban, el continuar era parte de cada nueva estación y un año, solo era bueno, si los graneros estaban llenos y se había avanzado un poco más.

A ver si nuestros hermanos dan la vuelta antes que nosotros y nos encuentran durmiendo, reían u otro pueblo es el que nos encuentra a nosotros.

Año tras año, generación tras generación el proceso se repetía, pero el final no llegaba. Se hicieron intentos para cruzar la gran cordillera por lo alto, pero era muy alta, muy árida, muy fría y los hacía retornar, cada año por la primavera los Avegraneros partían hacia el otro lado de la cordillera y gritando les enviaban saludos a sus hermanos por si las aves los pudiesen llevar y a la vuelta el saludo retornar.

Una generación disfrutaba de inmensos árboles, la siguiente de arbustos, la siguiente de malezas y luego nada, y la palabra árbol se olvidó y la palabra arbusto se olvidó, pero la siguiente generación encontró árboles que nunca habían visto y sorprendidos y deleitados le dieron un nuevo nombre.

El fruto del membrillo ya hacía mucho tiempo que no lo habían probado y su nombre olvidado, pero encontraron otras muchas frutas, generaciones de sequía les correspondió la fruta seca y las de bonanza las inmensas frutas de agua.

Los de la derecha olvidaron la palabra casa, choza y los de la izquierda olvidaron la palabra frío, nevadas.

Pero del agua... ah el agua siempre indispensable siempre necesaria siempre existía, por estética o abundancia, le adornaron o degradaron su nombre, agua cristalina, rocío matinal, escarcha, ríos de agua que caen de montañas, barro, gotas diarias, líquido escaso, ah como puede cambiar el nombre de una cosa cuando la cosa solo ligeramente cambia, pero mucho tiempo pasa.

Y los insectos cantores que como propiedad común se repartieron, se fueron adaptando muy inteligentemente a los frecuentes cambios y a las nuevas generaciones.

Los del lado izquierdo se acostumbraron a vivir en libertad... una vez se escaparon y al no hacer frío y haber abundante comida no sintieron la necesidad de volver a sus jaulas por la noche, a recibir algo de comida a cambio de cantar.

Pero siguieron cantando como uno de la familia más, encima de un hombro, de una cabeza, al lado de un pequeño, pero como uno de la familia más.

Cantaban en las veladas, participaban en las cosechas y hasta se callaban cuando alguien decía... basta ya.

Los de la derecha siguieron en sus jaulas, también cantando cuando las pocas horas de sol los calentaban. Luego silencio, pero en sus jaulas ah maravilla, hacían nidos muy tupidos, muy acogedores, a su cuerpo les salió un precioso bello que les protegía del inclemente frío.

Pero los humanos también cambiaron, los de la derecha se volvieron más delgados, mas pálidos, más ágiles en cuevas y en la oscuridad y sus hermanos más fuertes, más gruesos más oscuros y más libres en la gran inmensidad.

Y como siempre pasa en la historia cuando en la historia las cosas tienen que pasar, las dos tribus después de cientos de generaciones llegaron al otro extremo de la cordillera el mismo día, a la hora de descansar.

Casi no hubo sorpresa, al ver que el fin de la cordillera se acercaba, ya buscaban a sus hermanos, lo único permanente, estable y sin variación de cada generación era el llegar al final y encontrarse con sus hermanos.

Al verse, no hubo gestos de peligro ni de amenazas... ambas tribus se agruparon alrededor de su jefe...mirando hacia... lo que cada noche durante cientos de años habían bajo la luna, mirado, contado, escuchado y recordado... su mitad del escudo, y como si de un vuelo de patos se tratara, los dos grupos se fueron aproximando como si el escudo fuese un gran imán.

Al estar cerca, se distinguían sus inmensas y diferentes particularidades pero nada era más importante en ese momento que el unir las dos partes y una vez unidas una mujer y un hombre se abrazaron como dos viejos y lejanos hermanos.

Los grupos también se unieron, pero no se pudieron comunicar, se intercambiaron comida, frutas en particular, el agua si la compartieron pero poco más.

Los jóvenes al comienzo fogosos con los de su edad se fueron apaciguando y poco a poco se dejaron de visitar.

Cuando la noche caía, cada grupo se iba a su ladera, cada día había menos mezclas, menos intercambios.

El sol intenso molestaba a los del frío y las cuevas húmedas no cautivaban a los del sol.

Eran dos tribus separadas por la sombra de una montaña.

Los insectos libres se acercaron a los de las jaulas y algunos entraron en ellas, no hubo agresividad, sino indiferencia, sus cantos no interesaban a las hembras del otro, al estar en jaulas no había tanta necesidad de cantar para cortejar.

Las risas fueron inacabables, al ver a los insectos revolotear alrededor de las jaulas mientras los de adentro con cariño las limpiaban.

Un día, dos niños de las dos laderas se pusieron a pelear por los huevos de un nido, nada anormal, pero sus padres y los de su lado los apoyaron, se creó una línea recta de división, salieron volando piedras, y cuando la primera gota de sangre hermana cayó al suelo y se oyó el primer grito de dolor, la rencilla, con vergüenza acabó.

Los dos hermanos subieron a lo alto de la cima, la última antes del final para reflexionar. A ellos los acompañaron cientos de generaciones de antepasados y juntos miraron en lo alto hacia el futuro, hacia delante, pero allí no había nada, ni siquiera un punto. Juntos o separados hacia delante no había nada y atrás estaba todo, pero una cordillera los separa, los dos miran hacia atrás pero cada uno hacia su lado, rieron al ver que cada uno hacía lo mismo... mirar hacia su atrás. La risa que no había cambiado los unía al final.

Padre de mis padres de mis padres, de mis padres, tantos padres como hojas hay en este árbol, cuanta razón tenías de que no nos teníamos que separar, pero lo hicimos y como te prometimos nos hemos vuelto a encontrar, por fin hemos descubierto que hay otros seres diferentes, somos nosotros mismos. Hemos cambiado mucho, tanto como los cantores que tu amabas, y no hay para nosotros juntos un más allá.

Volvemos a nuestras laderas en donde además de penurias y sufrimientos hemos encontrado lugares maravillosos en donde reposar.

Hemos cumplido tus deseos, ya puedes descansar, volvemos al centro de la cordillera donde nos separará la más ancha, alta e inaccesible de las montañas, una barrera imposible de franquear, estaremos los unos a espaldas de los otros, pero esa barrera por desgracia es mucho más pequeña que la que entre nosotros estando juntos, ahora hay.

Que por lo menos la cordillera que nos separa nos impida en un futuro el volvernos a enfrentar. Se abrazaron, un abrazo que había durado y debía perdurar miles de años, bajaron y cada uno volvió a su lugar.

Padres de mis padres de mis padres, montaña a montaña hasta el comienzo de la cordillera, juntamos tu escudo una vez más y lo enterramos en este sitio, lo mismo que tu cuerpo en el otro lado está.

Unieron sus brazos imitando la cordillera y cada uno marcó con su dedo la mitad de su mitad, indicando a donde iban y en donde los separaría la inmensidad.

Londres, ¿1997?

Inspirado en una exposición sobre el origen de las especies y la evolución de los animales en el Museo de Historia Natural de Londres.

Emilio Vilaró

2011-08-28